



# LA CIUDAD OCULTA HÉCTOR DE MAULEÓN

500 AÑOS DE HISTORIAS

© 2022, Héctor de Mauleón

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Diana Urbano Gastelum  
Fotografía de portada: Hemiciclo a Juárez. Mike Peel. C.C. 4.0 Internacional  
Diseño de interiores: Diana Urbano Gastelum  
Adaptación de interiores: Guadalupe González  
Investigación iconográfica: Ana Emilia Felker y Carlos Villasana  
Fotografía del autor: © Alma Paz

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2022  
ISBN Obra completa: 978-607-07-5199-8  
ISBN Volumen 4: 978-607-07-8664-8

Primera edición impresa en México: septiembre de 2022  
ISBN Obra completa: 978-607-07-5197-4  
ISBN Volumen 4: 978-607-07-8665-5

Todas las imágenes de interiores pertenecen a la colección personal de Carlos Villasana, excepto la de las páginas 200 y 201, que es de dominio público, y la de las páginas 214 y 215, que es de Ana Emilia Felker.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

# ÍNDICE

## MUERTE EN LA CIUDAD



- 22 El fantasma del hotel Gillow  
1743
- 38 Los lentes de Goyo Cárdenas  
1942
- 134 El reino de la muerte  
1520
- 166 «Yo soy un muerto que anda»  
1928
- 180 La ciudad enferma  
1833
- 228 La peste universal  
1576

## GRANDES TRANSFORMACIONES



- 46 Figura oculta en la bruma  
1847
- 52 El gran motín de México  
1624
- 94 El eclipse, la muerte, el temblor  
1611
- 110 ¡Detenga usted el reloj...!  
1969
- 216 Cuando quemaron vivo a don Carlos  
1539

## CALLES CENTRALES



- 72 El desfile de los ovnis  
1965
- 88 El Puente de Alvarado  
1522
- 202 El túnel del centro  
1502
- 234 Breve historia del caballo maldito  
1803
- 240 La escultura cancelada  
1877
- 270 Los héroes de La Sirena  
1948

## LA SORPRESA DE LO COTIDIANO



- 8 **El llamado de los muertos**  
1992
- 66 **La maldición de un siglo**  
1930
- 128 **Una tarde en la ciudad muerta**  
1610
- 156 **El Tejo de Oro de la Noche Triste**  
1981
- 162 **Misterios de la hemeroteca**  
1933
- 252 **La sufridera**  
1962
- 274 **El resto de la vida con los muertos**  
2019
- 280 **Aprendí a llorar**  
1979

## PUNTOS DE ENCUENTRO



- 18 **Olorosos fantasmas**  
2001
- 62 **Fantasmas de Garibaldi**  
1521
- 78 **Un secreto escondido en Reforma**  
1942
- 82 **Amado Nervo 48: un lugar del corazón**  
1919
- 104 **El Salón Rojo**  
1906
- 114 **Ciudad, montón de palabras rotas**  
1613
- 118 **El Panteón de la Piedad**  
1864
- 124 **Memoria del Blanquita**  
1960
- 138 **El saqueo del Parián**  
1828

## FIGURAS SOBRESALIENTES



- 30 **Gabo en la redacción**  
1954
- 146 **Hondo abismo de ceniza y humo...**  
1873
- 184 **Me Too modelo 1953**  
1953
- 188 **La momia de Francisco Zarco**  
1869
- 196 **Por encima de la ciudad deshecha, giraba Diego Armando Maradona**  
1986
- 208 **¡Oh, poeta!**  
1895
- 246 **Con ustedes: el Tigre Sepúlveda**  
1965
- 256 **Nosotros los fans**  
2004
- 262 **El artista de la urbe**  
1855

**«LA CENA DE AÑO NUEVO SE ENFRIÓ MIENTRAS  
LOS MAYORES TRATABAN DE AVERIGUAR QUÉ CLASE DE  
FENÓMENO ESTÁBAMOS VIVIENDO. CONCLUYERON QUE HABRÍA  
UNOS TEXTOS PERDIDOS, SEPULTADOS EN LA MONTAÑA DE  
PAPELES QUE MI ABUELO HABÍA DEJADO, Y QUE NOS QUERÍA  
ENTREGAR». PAOLA JAUFFRED GOROSTIZA**

**1 9 9 2**

**UNA NOCHE DE TERTULIA FANTASMAGÓRICA**

**«A LA NOCHE SIGUIENTE DECIDIMOS HACER  
GUARDIA ARMADOS CON UNA LÁMPARA  
Y UNA PISTOLA. LA MUJER APARECIÓ DE  
NUEVO: MI PADRE LA ALUMBRÓ, LE HABLÓ,  
LA SIGUIÓ, INCLUSO LE DISPARÓ, PERO NADA  
PUDO DETENER SU AVANCE». VÍCTOR HUGO  
RASCÓN BANDA**



## El llamado de los muertos

**E**stábamos en casa de Hugo Argüelles, el gran dramaturgo. Pasaba de la medianoche, la conversación giraba en torno de espectros, fantasmas, aparecidos. Como en los viejos relatos del género, afuera hacía una noche de espanto. Paola, nieta del poeta José Gorostiza, relató esta historia:

Mi abuelo murió en 1973. El primero de los cambios que su muerte trajo consigo fue que mi abuela decidió dismantelar la casa que habían habitado en San Ángel y mudarse a Cuernavaca a una casona de aspecto tétrico. Esa casa nos seguía recordando al abuelo porque, además de contener los muebles y objetos que le pertenecieron, era tan oscura como la anterior.

En aquella casona comenzó a reunirse la pequeña familia que formábamos, en las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Los viejos muebles de la biblioteca —la larga mesa de caoba, las augustas sillas de terciopelo verde— daban al lugar un aire de novela gótica que siempre nos hacía estremecer, aunque nunca ocurrieron fenómenos extraordinarios.

Sin embargo, cinco años después del fallecimiento, precisamente durante una de esas reuniones, a mi hermana mayor se le ocurrió relatar un sueño que había tenido pocas noches antes: soñó que el abuelo estaba escribiendo en una biblioteca oculta tras la biblioteca, y que al verla aparecer intentaba entregarle algo, unos papeles. En el sueño, mi hermana había extendido la mano hacia los documentos, pero cuando estaba a punto de recibirlos, alguien apareció de improviso y evitó que le fueran entregados.



El relato nos cimbró. Yo tendría 9 o 10 años, pero recuerdo esa noche con absoluta claridad, pues lenta y escalofriantemente fuimos descubriendo que, con algunos cambios, las siete mujeres Gorostiza presentes en la cena habíamos tenido un sueño semejante.

En todos los casos el abuelo estaba escribiendo en una biblioteca situada tras las paredes de su biblioteca; en todos deseaba entregarnos algo, papeles o documentos; en todos los casos alguien aparecía en el sueño con la función específica de perseguirnos y atemorizarnos; en todos los casos, ese alguien evitaba que los papeles nos fueran entregados, y lograba incluso expulsarnos de la biblioteca.

Entre un sueño y otro había pequeñas diferencias: en el de mi hermana menor, quien impedía que los papeles fueran entregados era una armadura; en el mío, una mujer vestida de negro.

Los siete sueños guardaban coincidencias asombrosamente minuciosas. Un ejemplo: mientras la biblioteca real aparecía en el sueño perfectamente ordenada, tal como mi abuelo solía mantenerla, la biblioteca oculta, donde se multiplicaban libros y papeles, se manifestaba en el más completo desorden.

Por supuesto que aquel sueño, aquellos sueños, desataron una cauda enorme de conjeturas. La cena de Año Nuevo se enfrió mientras los mayores trataban de averiguar qué clase de fenómeno estábamos viviendo. Concluyeron que habría unos textos perdidos, sepultados en la montaña de papeles que mi abuelo había dejado, y que nos quería entregar.

Lo que jamás logramos explicar es por qué nos eligió solo a las mujeres, y por qué alguien impedía que su mensaje nos fuera entregado. En cuanto a la primera pregunta, tal vez se deba a que las Gorostiza somos un poco brujas. Respecto a la segunda, no hallamos nunca ninguna explicación.

Años más tarde, ignoro si esto es parte de la misma historia, mi abuela contrató a una nueva sirvienta. La mujer llevaba poco tiempo en la casa cuando comentó espantada que durante varias noches había visto a un hombre deambular por el jardín. Si la descripción que hizo es exacta, ese hombre no podía ser otro más que mi abuelo.

De pronto algo se rompió en nuestros sueños. Ninguna de nosotras volvimos a soñarlo. Los papeles urgentes del poeta tampoco han aparecido.

En la cinta donde grabé esta charla se escucha el sonido apagado de nuestras voces, ruido de cubiertos, entrechocar de copas. La casa de Argüelles, en la calle Cacahuamilpa, llena hasta sus últimos rincones de muebles, cuadros y objetos antiguos, imponía a esas horas una atmósfera sobrenatural: las sombras que acechaban en el pasillo, el rostro doliente de una virgen de caña, parecían compartir este mundo con otro, ubicado en el pasado. Hugo creía en los muertos. Le gustaba inquietar a sus alumnos, insinuando que se hallaba siempre acompañado de otras presencias.

Asistía a la cena otro dramaturgo querido y entrañable, Víctor Hugo Rascón Banda. Como se había decidido que cada cual, en caso de tenerlo, contara su propio encuentro con lo sobrenatural, la siguiente voz que se escucha en la cinta es la suya —tocada de manera levisima por un inconfundible acento norteño—:

Uruáchic es el nombre musical de un mineral escondido en la sierra Tarahumara. Yo nací ahí, ahí viven mis padres y suelo regresar cada tres meses para escribir y recoger historias perdidas. Se trata de un pueblo minero que vivió cierto auge en el siglo pasado, y que quedó abandonado cuando la Revolución hizo que las minas dejaran de ser explotadas. Es un pueblo de calles solitarias, caserones abandonados, puertas y ventanas que constantemente son golpeadas por el viento, y por puentes de madera que unen callejuelas sinuosas, retorcidas.

Uruáchic es también un pueblo de suicidios y pasiones: el hecho de encontrarse rodeado de montañas, de asentarse sobre roca maciza, provoca una serie de magnetismos que hace que algunas personas padezcan ataques epilépticos y que otras pierdan la razón.

Cuando yo era un adolescente, mis padres compraron una casa que llevaba muchos años abandonada. Una casa con muchas huertas y más de 30 cuartos repartidos en dos plantas. Una noche, poco después de mudarnos, mi padre entrevió a una mujer vestida de blanco que salía de una de las habitaciones, en la que por cierto hay







un naranjo preso, y caminaba por el patio, y avanzaba por la huerta, y brincaba los muros y se perdía en una alameda cercana.

A la noche siguiente decidimos hacer guardia armados con una lámpara y una pistola. La mujer apareció de nuevo: mi padre la alumbró, le habló, la siguió, incluso le disparó, pero nada pudo detener su avance. Comprendimos que se trataba de *una visión*, y el descubrimiento nos aterró. Unas cuantas noches bastaron para hacernos entender que la casa estaba habitada por otros seres: un hombre vestido con polainas, carrilleras cruzadas y sombrero tejano, que a las cuatro de la mañana salía de otro de los cuartos, caminaba por la calle y desaparecía al llegar a uno de los puentes; y una mujer rubia, muy blanca, que miraba a la calle desde un balcón y paseaba desesperadamente.

En Uruáchic no hay hoteles y siempre cedemos habitaciones a los viajeros: todos los que se hospedan en la casa sufren por las noches estas visiones. Una vez, en los años sesenta, visité a unos parientes que vivían en El Paso y que habían dejado el pueblo en tiempos de la Revolución. Cuando les conté sobre estos fantasmas se sorprendieron, pues los habían conocido como seres vivos. La mujer del balcón se llamaba Febronia, me dijeron, y padeció el magnetismo de Uruáchic, es decir, enloqueció. Su familia la encerró en la casa y ella pasó el resto de su vida asomándose por los balcones. Febronia había sido tan rubia y tan blanca como la mujer que ahora aparecía en nuestro balcón.

También habían conocido a la mujer vestida de blanco. Me contaron que había heredado de sus padres un cofre de alazanas, esas famosas monedas de oro rojizo, muy puro, y que la herencia atrajo a los partidos de la región, aunque la joven no se decidió por ninguno. Un día amaneció muerta, asesinada junto al naranjo, y no volvió a saberse más del cofre aquel.

El militar, explicaron mis parientes, fue un jefe de rurales que se hospedó en la casa, y al que mataron durante un juego de baraja.

Desde luego, al volver a Uruáchic relaté todo a esto a mis familiares, lo que nos llevó a excavar en los alrededores del naranjo. Hallamos



una olla repleta de tlacos, esas antiguas monedas de cobre cuyo valor solo interesa a los coleccionistas.

Recuerdo que en las noches no podía dormir, porque siempre me venían pesadillas. Una vecina, doña Rita Benicio, iba a veces a visitarme y se sentaba en la cama y me decía que no me asustara, que era solo que los muertos no podían irse porque vivíamos en una barranca profunda. Una noche mi mamá me oyó a hablar con ella.

—¿Con quién hablabas?

—Con doña Rita Benancio, que vino a verme.

—Pero si tú no la conociste. ¡Murió antes de que tú nacieras!

Allá los fantasmas se siguen paseando. Y ya no hay tiros ni sobresaltos. Tienen derecho a volver a los lugares que les pertenecieron, y en donde vivieron las horas trágicas de su vida.

Alguien le preguntó a Argüelles si en esa casa tocada por el tiempo hasta en sus mínimos detalles habitaba algún fantasma. Quienes asistíamos al taller de dramaturgia que él impartía en uno de los salones, en un horario extravagante —de 10:00 a 12:00 de la noche—, habíamos escuchado historias de ruidos y sombras. Hugo sonrió. A esas alturas de la cena la casa estaba en silencio e, incluso, los invitados hablábamos, sin darnos cuenta, en voz más baja. Nos habíamos acercado un poco unos a otros, bajo el efecto antiguo y misterioso a que convocan los relatos de fantasmas.

Mis alumnos dicen que en mi casa hay presencias pero de eso prefiero no hablar por un extraño pero elemental sentido de respeto —respondió Argüelles—. Contaré, sin embargo, una historia relacionada con los fantasmas que habitan la ciudad, aquella que viví con Blanca Peña, la actual viuda de Julio Castillo.

Blanca y yo acostumbábamos salir a caminar por las noches. Nuestros paseos, que se iniciaban y desarrollaban invariablemente en el centro (aunque a veces culminaban en el quiosco de Santa María la Ribera), tenían un propósito fácil de imaginar: apreciar la arquitectura de las casas coloniales a horas en que los autos y las



multitudes ceden paso a ese tipo de disfrute: entre la medianoche y las 3:00 de la mañana.

Una noche fría y errática, nuestros pasos nos llevaron al exconvento de la Merced, donde nos detuvimos para mirar la escultura del soldado, el fraile y los indios que navegan en una piragua. La escasa luz falseaba las dimensiones del edificio y, en general, la atmósfera que nos envolvía tenía un toque de irrealidad. Mientras platicábamos, algo se movió por los viejos muros del convento. Podía tratarse de un perro callejero o de un ladrón, pero al volver la vista bruscamente hallamos de golpe a un hombre traslúcido, vestido a la usanza de los siglos XVI o XVII, que avanzaba llevando en la mano una espada. No sé qué hizo Blanca; yo contuve la respiración y advertí que a medida que aquel hombre se aproximaba, el dibujo de las piernas se le iba perdiendo.

Ya se sabe que en estos momentos el tiempo se alarga. Vi cómo se le desvanecían la cintura, el torso y la cara. Al final, lo último que quedó de él fue el ruido perfectamente reconocible de la punta de la espada rozando contra las piedras de la plaza. Blanca y yo estábamos tan aturdidos como fascinados: esperamos otra señal, hicimos toda clase de conjeturas, decidimos esperar, porque no sé qué morbo te atrapa en esos instantes hasta el punto en que decides: «Quiero saber hasta la última consecuencia». Nos quedamos ahí hasta que las luces del alba nos devolvieron a la realidad.

Sentimos hambre. Cuando íbamos a alejarnos, se oyó nuevamente el pico de la espada rozando contra las piedras, y algo, el murmullo lejano de una voz.

El fantasma que, como en los trucos de edición cinematográfica, iba desapareciendo de abajo hacia arriba, nos hizo regresar varias veces al convento.

Desde luego, Blanca le contó la historia a Julio y él se empeñó en atestiguar aquello. Una noche volvimos al centro. La hora era avanzada, los tres estábamos cerca de la escultura, rodeados por un frío y un silencio absolutos, y entonces se empezó a escuchar el pico de la espada deslizándose en las piedras.



Julio dijo: «Me voy, yo esto no lo aguanto», y jaló a Blanca y Blanca me jaló a mí.

Julio murió poco después y para Blanca, en todos sentidos, fue más difícil sumarse a los paseos nocturnos. Yo he vuelto al centro varias veces, pero nunca he vuelto a sentir el impulso de acercarme al convento de la Merced.

En el silencio en que nos íbamos quedando se oía chirriar el foco del comedor, que nos bañaba con una luz blanca y fría. Más allá se escuchaba también, de modo intermitente, el zumbido del refrigerador. La China Mendoza fue la última en tomar la palabra:

Creo que los fantasmas existen y solamente son invisibles para los que tienen el corazón de piedra o sufren de enfermedades psíquicas. Esa fe está basada en las presencias que atravesaban los castillos góticos y sembraban de terror las historias de las esposas plebeyas. Pero sobre todo, creo en los espantos porque soy una provinciana clásica. No provengo de familias elegantes o trasterradas, sino de seis generaciones de guanajuatenses que se han ido heredando, los unos a los otros, pequeñas historias fantasmales, cuentos irremisiblemente enclavados en solitarias haciendas perdidas.

Mis nanas contaban cosas terribles en las cocinas, mientras daban vuelta a la maquinilla para moler café. Lo que puedo señalar como una anécdota especial, apenas relevante, es que cuando íbamos al casco de la hacienda, donde se asentaba la casa paterna, siempre estábamos aterrorizados ante la posibilidad del encuentro con otros habitantes; especialmente con un antiguo caporal, muerto hacía muchos años, que asolaba nuestra travesía al cuarto de baño, un baño que siempre estaba lejísimos, y en el que siempre hacía frío, y siempre hacía viento, y siempre hacía miedo, y siempre hacía oscuridad.

Encontrar el fantasma era inevitable porque todo ayudaba a construirlo. Pero creo que tuvo que existir ese caporal porque oímos sus espuelas caminar por el gran patio, y porque varias veces vimos su transparencia opalina a través de la barda del corredor. ¡Nunca jamás



hemos hecho nuestras necesidades con más placer efectivo, jamás fue tan agradable ir al baño como en medio de ese terror, de esa posibilidad de ser detenidos a mitad del camino, y ser trepados a una yegua, y ser robados o torturados o azotados, y todo lo que un niño es capaz de pensar!

De ahí en más, he seguido esperando que ya no sea el caporal, sino el fantasma de mi padre, o de mi madre, o de mi hermano Víctor Manuel el que se me aparezca. O los fantasmas de mis amados muertos: José Carlos Becerra, el poeta, y Juan Manuel Torres, el cineasta. Mis muertos.

Y aunque no me ha ocurrido nada que sirva para dejar una página perfecta de terror (el terror que sufro es otro, el terror a la muerte, el terror al envejecimiento, el terror a la pobreza y quizá el terror de no volver a sentir que mi pecho se abra como el Mar Rojo para albergar al amor, esa catástrofe perfecta), puedo apuntar que una vez, durante un viaje a Europa, José Carlos Becerra puso en mi bolsa dos caracoles marinos que había encontrado en la Acrópolis.

Viajé cinco días por Grecia, llevando aquellos objetos, y cuando regresé a Roma los saqué de la bolsa, los lavé y los dejé secando en el lavabo. Puedo decir que salí a cenar, y que tardé varias horas, y que cuando regresé el espejo del lavabo tenía un mensaje casi poético, casi fantasmal: el rastro de los caracoles que habían dejado sus conchas, y llegado a la ventana, y dado la vuelta, y desaparecido, todo como un anuncio de la muerte que, poco después, José Carlos iba a encontrar en Brindisi, al salir de una curva y ver tal vez a lo lejos, no lo sabremos nunca, el último reflejo del sol sobre el mar.

Detuve la cinta. Se dijeron algunas cosas más y, de pronto, el viento sacudió las ventanas. Todos volteamos sobresaltados. Hugo Argüelles dijo con humor macabro: «Es el llamado de los muertos».

Nos pusimos en pie. Minutos después salimos a la calle poblada por el contorno oscuro de árboles y edificios, algo así como un tiempo muerto, ajeno a los movimientos de la ciudad.

Los magníficos arcos del claustro del exconvento de La Merced en una fotografía de los años veinte. En esta época, el pintor Gerardo Murillo, más conocido como el Dr. Atl, adoptó el patio más bello de México como su casa y estudio, contribuyendo a evitar su destrucción. Aquí vivió su romance con Carmen Mondragón, «Nahui Ollin».



EX-CONVENTO  
DE LA MERCED  
MEXICO

**ME SENTÉ FRENTE A ÉL, ENCENDÍ LA GRABADORA,  
HICE LAS PRIMERAS PREGUNTAS. EN ESE MOMENTO ME  
ENVOLVIÓ UN AROMA INTENSO, SEMEJANTE  
AL QUE ARROJA, AL SER ABIERTO, UN PAQUETE DE INCIENSO.  
ERA UN AROMA HELADO QUE DURÓ SOLO  
UN SEGUNDO, EL TIEMPO SUFICIENTE PARA REGISTRARLO.  
TUVE UN MAREO.**

**2 0 0 1**

UNA CASA TOMADA CERCA DEL CASTILLO DE CHAPULTEPEC

**—¿Y EL NIÑO?**

**—EL NIÑO —RESPONDIÓ—  
SE MANIFIESTA SIEMPRE CON AROMAS.  
DEJA OLORES DULCES A SU PASO.**